

Peticion y coloquio.

Ó Jesús, ¿podré aun despues del ejemplo que me poneis delante de los ojos desesperar de vuestra misericordia? Maravillense, indignense, escandalicense los falsos justos de las gracias que Vos hacéis á los pecadores; por mí, que soy un indigno pecador, dejaré que con ellas se mueva mi corazon, y seré diligente en aprovecharme de ellas. Á Vos me llegaré frecuentemente con confianza, porque Vos sois mi Salvador, y me llegaré con el odio del pecado despues de haber reparado mis escándalos, con una resolucion sincera de destruir en mí el pecado con obras opuestas particularmente á aquellas del pecado á que estoy mas expuesto y mas sujeto... Ó Jesús, entrad en mi corazon como en la casa de Zaqueo por mi salud y por vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CCXXVI.

PARÁBOLA DE LAS DIEZ MINAS ¹, Ó SEA PARÁBOLA DE UN SEÑOR QUE VA Á RECIBIR LA INVESTIDURA DE UN REINO, Y QUE SE VOLVERÁ PARA REINAR.

(Luc. xix, 11-27).

Observemos: 1.º la partida de este señor; 2.º su ausencia; 3.º su vuelta.

PUNTO I.

La partida de este señor.

1.º ¿Quién es este señor?... «Y oyendo ellos estas cosas, continuó, y dijo una parábola, sobre estar él vecino á Jerusalem, y por «que pensaban que presto se manifestaria el reino de Dios...» Los Apóstoles, siempre llenos de sus prevenciones sobre el reino temporal del Mesías, habiendo reflexionado principalmente sobre las últimas palabras de Jesús á Zaqueo, en orden á la reunion de las ovejas descarriadas y perdidas de la casa de Israel, y viéndose ya en camino para ir á Jerusalem, se confirmaron siempre mas en la idea de que dentro de poco tiempo se iba á ver una revolucion general en la república, de donde luego inmediatamente resultaria el reino temporal del Mesías sobre todos los hijos de Abraham. Ahora, para sacarlos de este error, y para instruirnos tambien á nosotros,

¹ La mina, moneda ateniense, valia cien draemas; y la mina de los hebreos valia mas que el doble que la mina ateniense.

añadió Jesús esta parábola... «Dijo, pues: Un hombre noble fué á «un país distante para recibir allí un reino, y volver despues...» Todos saben que en el estado actual en que se hallaban los judíos, su república estaba sujeta á los Césares que disponian á su gusto del gobierno de sus provincias; que los que aspiraban á la corona debian ir á pedirla á Roma y obtenerla del emperador romano. De esta manera Arquelao, hijo del primer Herodes, habia sido hecho tetrarca, ó sea rey de Judea, y por la misma autoridad habia sido hecho rey de la Galilea el segundo Herodes, y así los otros tetrarcas de aquel tiempo. De esta práctica tomó el Salvador el sujeto de su parábola, en la cual se pinta á sí mismo. Él es este señor, este hombre de un nacimiento distinguido. Por su nacimiento eterno, es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y el mismo Dios que el Padre. Por su nacimiento temporal, es Hijo de María siempre virgen, y tanto por ella, como por José reputado su padre, hijo de Abraham y de David; ha pasado su vida sobre la tierra, la ha dejado muriendo sobre la cruz, y se ha ido á un país muy distante, subiendo al cielo... Adoremos estos divinos misterios con una fe firme é inconcusa, y admiremos la manera con que los propone el Salvador en esta parábola.

2.º *Cuál es el designio de este viaje...* Va para recibir la investidura de un reino, y para volver despues á reinar... El Salvador, durante su vida mortal, no ha ejercitado sobre la tierra algun acto de soberanía; pero volverá en el último dia á ejercitar sobre toda la tierra, sobre todos los hombres, sobre los vivos y sobre los muertos una potencia soberana, absoluta é irresistible. Hé aquí de una parte lo que ya ha sucedido, y de la otra lo que debe suceder; y esto es lo que jamás debemos perder de vista.

3.º *Cuáles son las disposiciones que da al partir...* «Y llamados á «si diez de sus criados, les dió diez minas (*una á cada uno*), y les «dijo: Negociad hasta que yo vuelva...» Subiendo Jesús al cielo nos ha dado sus instrucciones, sus ejemplos, sus Sacramentos, el precio de su muerte y de su sangre, su espíritu, su gracia, su Evangelio y su Iglesia. Todos los bienes que poseemos naturales y sobrenaturales son dones de su pura liberalidad. Pero no nos olvidemos del fin para que nos los ha dado, y de las órdenes que nos ha dejado antes de abandonar la tierra: «*Negociad hasta que yo «vuelva...*» ¡Ah! demasiadamente me he olvidado de unas órdenes tan precisas. ¡Ay de mí! Señor, por lo que toca á mí, Vos estais ya al punto de volver: pocos dias me quedan de vida, y bien presto

me juzgaréis. Pero ¿qué uso he hecho de todos vuestros bienes? Los he despreciado, he abusado de ellos, y á ninguno le he hecho valer lo que debiera. ¡Ah! concededme, ó Dios mio, la gracia de emplearlos mejor el poco tiempo que me queda y de disponerme sériamente á vuestra vuelta.

PUNTO II.

Su ausencia.

Mientras este señor iba á recibir la investidura de un reino, tres suertes de personas se regularon bien diferentemente para con él.

1.º *Los unos se portaron como enemigos...* «Mas sus conciudadanos lo aborrecian; y enviaron detrás de él una embajada, diciendo (al que debía disponer de la corona): No queremos á este por «nuestro rey...» Se reconoce en este paso la nacion judáica que renunció á Jesucristo por su rey y lo crucificó. Los judíos han persistido desde este tiempo en estos sentimientos, y en ellos persisten todavía. Ofrecen todos los dias sus votos y oraciones al Señor para obtener otro rey. ¡Votos impotentes, oraciones sacrílegas! Jesús es el Hijo amado, él está en posesion de la corona, de la potencia y de la divinidad, y comparecerá bien presto con todo el esplendor de su majestad. Á los judíos se pueden unir presentemente los mahometanos y los deistas, los cuales reconocen un Dios, pero no quieren reconocer á Jesucristo por su rey. Se pueden añadir tambien á estos los pecadores y los malvados que desechan á Jesucristo, si no con las palabras á lo menos con sus obras, los cuales, en vez de reconocerlo por su rey y seguir sus leyes, siguen solo las leyes del mundo y las que les imponen sus pasiones... Deben añadirse tambien los herejes, los cismáticos y todos aquellos que no escuchan la voz de la Iglesia. Se glorian en vano de reconocer á Jesucristo por su rey, desde que no obedecen á aquellos que Jesucristo ha establecido en su lugar para gobernarlos.

2.º *Los otros se regularon como servidores fieles...* Los criados á quienes el señor al partir habia distribuido las diez minas trabajaron por hacerlas valer, segun su intencion y segun sus órdenes. Uno ganó mas para su señor, el otro menos: uno ganó diez minas, y el otro cinco, y así los demás á proporcion. Se echa de ver en estos criados fieles el retrato de los Apóstoles, de los discípulos y de los cristianos fervorosos que hacen valer para los intereses de su Señor los dones que han recibido de él. Este es el espectáculo edifica-

tivo que nos presenta el Cristianismo. ¿Cuántos hombres apostólicos trabajan incesantemente, sacrifican su reposo, su sanidad y su vida por la salvacion de las almas? En todos los estados, ¿cuántas almas fieles y fervorosas hay, solamente atentas á cumplir sus obligaciones segun el Espíritu de Dios, á santificarse siempre mas, y á crecer en su santo amor? ¿Y por qué no soy yo uno de este número? Si no puedo ganar como alguno diez minas, igualarlos en el trabajo, en la penitencia, en las buenas obras, en el fervor, ¿no puedo por lo menos ganarme cinco, y no ser inútil á mi Señor y á mi Rey?

3.º *Los otros finalmente se portaron como criados perezosos y negligentes...* Uno de estos diez servidores se guardó la mina que le habia dado su señor, sin hacer de ella uso alguno ni la menor diligencia para hacerla valer. ¡Ah! ¡cuántos cristianos ni siquiera piensan en su existencia y viven como si no existieran! ¡Cuántos eclesiásticos tambien contentos con la distincion que les procura su estado, y con las utilidades de gozar de las rentas de la Iglesia, nada hacen despues por ella, y ni aun tienen valor para hablar una palabra en su favor cuando la ven asaltada, ó en favor de aquellos que la defienden al verla perseguida! Se mantienen indiferentes sobre los intereses de su Señor, y se olvidan de las órdenes que les ha dejado al partir; pero ¿creen estos que no ha de volver ya jamás, que no lo volverán á ver, ó que cuando vuelva no se informará de su administracion, ó que podrán justificar su pereza, su ocio, su indiferencia y su poquedad en su servicio? ¡Ah miserable! ¿no soy yo de este número? ¿Qué he hecho yo, y qué hago aun de tantas gracias, de tantas instrucciones, de tantos socorros, de tantos Sacramentos? ¡Ay de mí! todo en mis manos se hace inútil, es sin fruto, ni pienso en la terrible cuenta que debo dar de todos estos bienes, ni en aquel de quien los he recibido.

PUNTO III.

Su vuelta.

Revestido el príncipe de su real potestad, é investido del reino que habia ido á solicitar, vuelve, y se deja ver en todo el aparato de su soberanía.

1.º *Alaba y recompensa los criados fieles...* «Y sucedió que, cuando volvió despues de haber recibido el reino, hizo llamar á sí á «los servidores á quienes habia dado el dinero, para saber qué ga-

«nancias hubiese hecho cada uno. Y vino el primero, y dijo: Señor, tu mina ha fructificado otras diez. Y él le dijo: está bien, siervo fiel; porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha fructificado cinco, y (*el señor*) dijo á este: tú también serás señor de cinco ciudades...» Volvió el príncipe, y no obstante las protestas y las intrigas de sus enemigos, volvió con el título de rey. Luego al punto ejerció su potestad, y empezó por recompensar la fidelidad de aquellos que habían ejecutado sus órdenes, dando á uno diez ciudades, al otro cinco, y así á los otros á proporcion. Vendrá ciertamente aquel día, bien que nos parezca que está lejos, aquel gran día vendrá en que, á pesar de las blasfemias que vomitan ahora los impíos, comparecerá Jesús con todo el esplendor y con toda la majestad de un rey. Pero ¡qué rey! Rey de los siglos, Rey inmortal, Rey omnipotente y Señor absoluto de todas las criaturas. Alabará entonces á sus criados fieles que el mundo había vituperado, blasfemado y despreciado. Aprendamos de la parábola que la recompensa que él les dará será infinitamente superior á sus trabajos, que se distribuirá á cada uno de ellos á proporcion de los servicios hechos, y finalmente que cuando trabajamos por Dios y por su gloria trabajamos para nosotros mismos, y que todo el provecho es para nosotros.

2.º *Confunde al criado perezoso y negligente...* «Y vino otro, y dijo: Señor, hé aquí tu mina, que he tenido envuelta en un lienzo, porque tuve miedo de tí, que eres hombre austero; quitas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Y (*el señor*) le dijo: por tu propia confesion te condeno, siervo malo: sabías que yo era un hombre austero, que llevo lo que no puse, y siego lo que no he sembrado; pues ¿por qué no has empleado mi dinero sobre un banco, para que yo á mi vuelta lo retirase con las ganancias? Y dijo á los presentes: quitadle la mina, y dádsela al que tiene diez. Y ellos le dijeron: Señor, que tiene diez minas. Pues yo os digo, que á todo aquel que tuviere se le dará, y tendrá mas, y al que no tiene se le quitará aun aquello que tiene...» La respuesta del rey al siervo negligente nos advierte que en el juicio de Dios nuestras negligencias, nuestras flaquezas y nuestros pecados no tendrán excusa. No nos engañemos, pues; no nos lisonjeemos. La orden del rey de dar la mina del siervo negligente al que tiene diez nos exprime la traslacion de las gracias que se hace en esta vida, quitándolas Dios á aquellos que abusan de ellas, para darlas á los que

de ellas se aprovechan. ¡Ah! temamos que se nos quiten aquellas pocas que nos restan aun: esforcémonos á merecerlas, y á merecer que se nos den aquellas que otros habrán perdido por su negligencia.

3.º *Castiga con la muerte á sus enemigos...* «En cuanto, pues, á aquellos mis enemigos (*añadió*) que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traedlos aquí, y matadlos en mi presencia...» ¡Ejecucion terrible, y que ciertamente es una imágen débil de aquella muerte eterna á que serán condenados los pecadores y los impíos! Pero ¿por qué nos la pinta aquí Jesús en un modo tan terrible sino para que la evitemos?

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor: no permitais que yo tenga jamás la desgracia de ser de aquel número. ¡Yo vuestro enemigo! No: no será así, ó Dios mio, lo espero de vuestra gracia: os amo con todo mi corazon, amo vuestro reino, amo vuestra Iglesia, amo vuestro Evangelio, amo vuestras leyes, amo todo aquello que habeis hecho, todo lo que habeis dicho, todo lo que habeis establecido; amo vuestros Santos, vuestros amigos, vuestros ministros: no tengo otro disgusto que el de ver aun hombres que no os aman. ¡Ah! abrid, ó Señor, sus ojos: reinad sobre ellos, y si no quieren, reinad á lo menos sobre mí: Vos sois mi Dios, mi Salvador y mi Rey, y lo seréis en el tiempo y en la eternidad... Amen.

MEDITACION CCXXVII.

JESÚS AL SALIR DE JERICÓ GANA DOS CIEGOS.

(Luc. xix, 28; Matth. xx, 29-34; Marc. x, 46-52).

DIFERENCIA QUE SE HALLA ENTRE LA CEGUEDAD CORPORAL Y LA CEGUEDAD ESPIRITUAL.

1.º Diferencia en la naturaleza de este mal; 2.º diferencia en las disposiciones necesarias para ser sanados de este mal; 3.º diferencia en la sanidad de este mal.

PUNTO I.

Diferencia en la naturaleza de este mal.

Lo 1.º *En su causa...* «Y dichas estas cosas, iba Jesús delante subiendo á Jerusalem...» «Y saliendo ellos de Jericó... fué detrás de él una gran turba del pueblo; cuando hé aquí que dos ciegos... de

«los cuales el uno se llamaba Bartimeo, ciego, hijo de Timeo... los «cuales estaban sentados sobre el camino... pidiendo la limosna...» Despues de la parábola de las diez minas, parábola suficiente á quitar los prejuicios á los Apóstoles, partió Jesús de la casa de Zaqueo, y precediendo sus discípulos, salió de Jericó para continuar su viaje hácia Jerusalem; esto es, hácia Betania, para desde allí ir á Jerusalem... Una turba numerosísima lo acompañaba. Cuando quiso salir de la ciudad de Jericó se le presentó tambien la ocasion de obrar un milagro semejante al que hizo al entrar en ella, y lo obró con circunstancias del todo semejantes. Dos ciegos sentados á la orilla del camino pedian la limosna á los pasajeros. San Marcos hace mencion de uno solo que era el mas conocido; llamábase este Bartimeo, esto es, Timeo el hijo... La primera diferencia que se debe notar entre la ceguedad corporal y la espiritual, es que la corporal no es voluntaria en su causa, viniendo ó por accidente ó por enfermedad. Y si sucede que se forme poco á poco, ¿qué diligencias no se hacen para contener los progresos, y para preservarse de ella?... Al opuesto, la ceguedad espiritual es voluntaria: en ella caemos solo por culpa nuestra, abandonándonos á nuestras pasiones, resistiendo á las inspiraciones internas y á las advertencias externas; multiplicando los pecados, y buscando pretextos para autorizarnos en ellos: un poco de atencion, un poco de vigilancia, una buena voluntad, desde el principio nos preservaria de una tan grande desgracia.

Lo 2.º *En sus efectos...* La ceguedad corporal nos esconde solamente objetos muchas veces funestos á la salud, y cuya privacion nos era acaso necesaria para evitar el infierno: nos aflige solo en el tiempo de esta vida, y afligiéndonos nos deja el sentimiento de nuestra desgracia, que podemos convertir en utilidad propia, recibiéndola con espíritu de penitencia y con sumision; pero la ceguedad espiritual nos esconde lo que mas nos importa saber para nuestra salvacion: nos quita la vista del precipicio á que corremos, de los terribles juicios de Dios á que caminamos, y de sus tiernas misericordias que despreciamos. La miseria en que nos sumerge comienza solo en esta vida, se consumará despues en la otra, y durará toda la eternidad. Finalmente, su mas funesto efecto es, que estando ciegos no conocemos nuestra ceguedad: los mas ciegos son aquellos que menos sospechan de poderlo ser, y que se creen por el contrario muy iluminados.

Lo 3.º *En su extension...* El número de los ciegos corporales es muy pequeño en comparacion de los que logran el beneficio de la

vista. Pero ¿cuán grande es el número de aquellos que están en la ceguedad del corazon? Esta ceguedad tiene diferentes grados; ahora, ¿quién habrá entre nosotros que mas ó menos no participe alguna cosa de ellos? Hay ciegos en el camino de la salud, ciegos sobre las propias pasiones que aman, sobre sus hábitos que van fortificando, sobre las obligaciones de su estado que abandonan, sobre las dudas que adoptan, sobre el espíritu de partido que abrazan, sobre una falsa conciencia que se forman... Hay ciegos en el camino de la piedad, los cuales viven tranquilos en medio de los peligros de una vida tibia y lánguida, en la cual se cometen culpas sin experimentar remordimientos, se hacen confesiones sin fe, comuniones sin amor, meditaciones sin recogimiento, oraciones vocales sin fervor, obras sin intención, y ejercicios exteriores sin espíritu interno y sin devocion... Hay ciegos en el camino de la perfeccion, los cuales no la conocen, no aspiran á ella, no trabajan por alcanzarla, la ponen donde no se halla, y ni siquiera consultan. Quienquiera que seamos, reconozcamos á lo menos ahora nuestra ceguedad, gimámosla, y deseemos salir de ella. Pidamos la gracia de crecer continuamente de claridad en claridad, de luz en luz, hasta que lleguemos á ver al Padre de las luces, y á gozar en él de la luz increada y eterna.

PUNTO II.

Diferencia en las disposiciones necesarias para sanar de este mal.

1.º *La primera es el deseo de la sanidad...* «Y oyeron que pasaba Jesús... Nazareno... y alzaron la voz, diciendo: Señor, Hijo de «David, ten piedad de nosotros...» ¿Qué cosa hay mas natural que el deseo de la sanidad en los que están ciegos de los ojos del cuerpo? Pero ¡oh y cuán raro es este deseo en aquellos que son ciegos de corazon! ¿Y cómo desearán estos salir de un estado de que ni conocen la miseria ni el peligro, de un estado en que no creen que se hallan, de un estado que aman y en que se complacen, y de un estado en que si tienen alguna sospecha ó algun deseo de ser iluminados es un deseo ineficaz que solo les saca del corazon algunos gemidos ligeros, y permite hacer oraciones flacas y cobardes, en las cuales acaso tiene mas parte el temor que el deseo de ser oidos? ¡Ah! si acaso nos hallamos en tan miserables disposiciones, animémonos, esforcémonos, y á pesar de nuestros temores y de nuestras repugnancias alcemos la voz, y enviemos gritos penetrantes para implorar sobre nosotros las misericordias del Salvador.

2.º *La segunda es la prudencia para distinguir los buenos y los malos consejos...* «Y la gente les reñía para que callasen... Y muchos les amenazaban para que callasen... Pero ellos con mas fuerza gritaban diciendo: Señor, Hijo de David, ten piedad de nosotros...» Estos pobres ciegos, al oírse reñir porque alzaban la voz, comprendían muy bien el absurdo de una tal pretension. Estaban en un estado muy diferente de el de estos ciegos los que hablaban así; ellos estaban sanos y veían. Por tanto los ciegos no hicieron caso alguno, y gritaron siempre con mas fuerza... Al opuesto, en la ceguedad espiritual, los que nos dicen que estemos tranquilos son tan ciegos como nosotros, y esta semejanza, que bien considerada debería hacernos desechar sus consejos, es precisamente lo que hace que los sigamos... Los mundanos, los pecadores, los tibios, los imperfectos nos dicen: Haced como nosotros, venid con nosotros, estad con nosotros: se está bien cuando se hace como los otros, ¿por qué tantas distinciones y particularidades? ¿Seremos todos nosotros condenados? ¿Quereis salvaros vosotros solos? Tantas personas tan sábias, tan honestas, ¿están acaso todas en el camino de la perdicion? Es increíble á cuántos ciegos detienen en su ceguedad estos discursos y estos impíos. No se hace reflexion que los que nos dan estos consejos están ciegos, y en vez de tomar por guía la palabra de Jesucristo, que nos asegura que la puerta de la vida es estrecha, y que pocos entran por ella, que el que no escucha á la Iglesia debe ser reputado por un pagano, se viene despues á caer en la desgracia que él mismo nos describe, diciendo, que cuando un ciego se deja conducir de un ciego, caen el uno y el otro en el mismo precipicio.

3.º *La tercera es el esfuerzo y la prontitud en dar los primeros pasos...* «Y Jesús se paró, y los llamó... Y llamaron al ciego diciendo: «le: ten buen ánimo, levántate, él te llama. Y él arrojando su manto, saltó en pié, y fué á Jesús...» Se acercaron los dos; pero ¡con qué júbilo y con qué alegría!... ¡Qué diferencia, por el contrario, en los ciegos espirituales, aun en aquellos que quieren salir de su ceguedad! Se les va diciendo: tened buen ánimo, mirad que se acercan las fiestas solemnes, se renuevan augustos misterios, disponed recurriendo á los sagrados tribunales de la penitencia; en esta encontrareis la remision de todos vuestros pecados y la salud de vuestra alma: el ministro de Jesucristo os espera, os llama, para libraros de vuestros males, y para haceros gozar de la luz y de la gracia de Dios... ¡Ah! ¡qué tormento entonces y qué dilaciones! Las mas de las veces se deja pasar la ocasion, y los miserables se sepultan

mas que nunca en su ceguedad; esto es, en aquel estado mismo de que habrian salido, si hubieran tenido un poco de valor, de resolucion y de prontitud para dar bien este primer paso.

PUNTO III.

Diferencia en la sanidad de este mal.

«Y Jesús se paró, y los llamó, y dijo: ¿Qué quereis que os haga? «Señor, le respondieron, que se abran nuestros ojos... Y Jesús, movido á compasion de ellos, tocó sus ojos, y luego al punto vieron, «y lo siguieron...» Esta sanidad corporal es la figura de la sanidad espiritual; pero entre la una y la otra hay algunas diferencias que importa mucho observar.

1.º *La sanidad de la ceguedad corporal es sensible y propia para sostener la fe...* No es difícil cosa creer en aquel á quien una multitud de testigos ha visto obrar semejantes milagros, ni tampoco es difícil tener confianza en él cuando llama... Pero no es así en la sanidad de la ceguedad espiritual; en esta todo se obra internamente: los milagros que la gracia obra allí son invisibles. Jesucristo, verdaderamente, se da á nosotros bajo de especies sensibles; pero ninguno ve el efecto que produce en aquellos que se llegan á él: y ¡oh cuántos lo reciben sin fe, sin confianza, sin esperanza de sanar, y de hecho no sanan! Antes algunos se llegan con tan malas disposiciones, que en vez de ser iluminados se ciegan siempre mas, y se endurecen en su ceguedad. Animemos, pues, nuestra fe y nuestra esperanza. Obrando el Salvador sanidades corporales ha querido mostrarnos el poder que tiene para la sanidad espiritual de nuestras almas. De las primeras obra aun hoy en dia, pero raras veces, y sin habérnoslas prometido; pero nos ha prometido las segundas, y las concede, bien que no se vean, á todos aquellos que se llegan á él con las debidas disposiciones, con la debida pureza de corazon, con una recta intencion, con una voluntad sincera de quedar sanos, con una fe viva de que que él puede sanarnos, y con una confianza sincera de que lo quiere, y que lo hará.

2.º *La sanidad corporal se obra en un instante, y es perfecta...* En el mismo momento los ciegos recuperaron la vista, y vieron perfectamente... La sanidad espiritual se hace por grados, y cada dia se debe adquirir nuevo aumento... Primeramente se ve cuánto basta para detestar el pecado mortal, para evitar la muerte eterna, y para observar los mandamientos; pero ¡oh cuántas luces quedan aun por

adquirir! Esto es lo que debe formar la ocupacion gustosa de nuestra vida... esto es, adelantarnos cada dia en el conocimiento de Dios y de nosotros mismos, en el conocimiento de lo que él es en sí mismo y de lo que nos promete, y al mismo tiempo de lo que debemos hacer nosotros por su amor. Estas luces se adquieren en la oracion, en la meditacion, en la leccion espiritual, en la práctica de las buenas obras, en el cumplimiento de las propias obligaciones, en el ejercicio de la mortificacion, y en la frecuencia de los Sacramentos.

3.º *La sanidad corporal es constante y permanente...* Esto es: el mal queda radicalmente sanado, ya no queda vestigio alguno de él, ya no es necesario tomar algunas precauciones... ¡Ah! ¡ojalá fuese así de la sanidad espiritual! Pero la raiz del mal, el origen y la causa de la ceguedad, que es nuestra inclinacion al mal, siempre queda en nosotros; y por esto, ¡oh cuántas precauciones es necesario tomar!... Es necesario continuamente cortar, sofocar, arrancar, estar siempre en vela, tener siempre las armas en la mano, combatir en todos los instantes, y no dejarnos vencer jamás. Y con todo eso, ¡cuántos despues de haber sido recibidos una vez á la penitencia, y admitidos á la sagrada mesa, se creen exonerados de todo cuidado; y sanos ya para siempre, no toman precaucion alguna, y recaen en su primera ceguedad, que frecuentemente es peor y mas incurable que la primera!

Peticion y coloquio.

Preservadme, ó Dios mio, de una tal desgracia. Reconozco la necesidad que tengo de vuestras luces, y cuán espesas son las tinieblas de mi alma. *Tened piedad de mí, Señor,* deseo y quiero ser iluminado. ¡Ah! ¿cómo podréis Vos ser insensible á las súplicas, á los votos y á los gritos que Vos mismo formais en mí, y que Vos mismo despedís conmigo?... Abrid los ojos de mi alma, haced *que yo vea* perfectamente; esto es, haced que conozca las obligaciones de mi estado, y las virtudes que pide de mí, y los peligros á que me expongo... Haced que conozca las asechanzas que á cada hora me ponen el mundo, el demonio y mis pasiones; haced que conozca la nada de los bienes de la tierra, el precio de los bienes de la tierra, el precio de los bienes eternos, y el camino mas seguro para llegar á Vos: en una palabra, haced que me conozca á mí mismo, y principalmente que os conozca á Vos, ó Jesús, porque solo este conocimiento bastará para unirme á Vos con todas mis fuerzas y para siempre. Amen.

MEDITACION CCXXVIII.

DISCURSO QUE TUVO JESUCRISTO CON SUS APÓSTOLES AL IR Á BETANIA PARA RESUCITAR Á LÁZARO.

(Joan. xi. 44-46).

Observemos en este discurso: 1.º cuán poco comprendian los Apóstoles los discursos de Jesucristo; 2.º la bondad de Jesucristo; 3.º el ánimo de santo Tomás.

PUNTO I.

Cuán poco comprendian los Apóstoles los discursos de Jesucristo.

1.º *En la presente ocasion...* «Así habló, y despues les dijo: Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy á despertarlo del sueño: dijeron por esto sus discípulos: Señor, si duerme estará sano; mas «Jesús habia hablado de su muerte, y ellos creyeron que hablase «del dormir de sueño...» Luego que Jesús hubo despachado toda aquella turba de gente que lo habia seguido de Jericó, y quedó solo con sus discípulos, volvió á tomar el discurso que ya habia tenido sobre Lázaro, desde la otra parte del Jordan, y les manifestó que Lázaro dormia, y que iba á Betania para despertarlo del sueño. Tomaron esta palabra los Apóstoles en un sentido contrario, y ciertamente, vistas las circunstancias, habrian debido comprender que el Salvador hablaba de la muerte de Lázaro, porque fuera de que esta expresion era muy usada en las Escrituras, y que el Salvador la habia usado en el mismo sentido, cuando resucitó la hija de Jairo, si hubiera hablado de otro sueño natural, y saludable al enfermo, no habria dicho que iba á sacarlo de él y á despertarlo.

2.º *En otras ocasiones...* Es conveniente considerar qué hombres eran los Apóstoles antes de la venida del Espíritu Santo, y cuán limitadas sus luces. Si se servia el Salvador de alguna expresion figurada, tomaban sus palabras á la letra. Si hablaba claramente y en términos propios, encontraban misterios y figuras. Cuando les decia que se preservaran de la levadura de los fariseos, pensaban que les dijese que no habian llevado pan consigo: cuando les decia que seria llevado á la muerte, y que al tercero dia resucitaria, nada de esto entendian, y se imaginaban que fuese una parábola. Si estaban tranquilos con su Maestro, apetecian los primeros puestos en su reino. Y cuando se trataba de ir á Jerusalem, se estremecian, y caminaban temblando. Hombres de tal carácter no eran cier-

tamente capaces por sí mismos, y despues de la muerte de su Maestro, de emprender la conversion del universo, y mucho menos de salir bien con la empresa.

3.º *Reflexion sobre nosotros mismos...* ¿Cómo tomamos también nosotros las palabras de Jesucristo, su moral, sus preceptos y sus inspiraciones? ¿No las interpretamos á nuestro modo? Modo tanto mas culpable, quanto en las falsas interpretaciones que les damos la rudeza de nuestro espíritu tiene menos parte que la corrupcion de nuestro corazon; modo tanto mas condenable, quanto que aun despues de haber recibido el Espíritu Santo tenemos tan poca inteligencia y tan poco gusto en las cosas de Dios.

PUNTO II.

De la bondad de Jesús.

1.º *Bondad llena de condescendencia...* «Entonces les dijo Jesús «claramente: Lázaro ha muerto...» No le habian entendido los Apóstoles cuando les habia hablado en términos figurados, y no se desdenaba el Señor de explicarse y de repetirles la misma cosa en términos claros y simples. ¡Qué paciencia! Y no les dice sobre esto ni siquiera una palabra que pudiera contristarlos. ¡Qué dulzura! Confúndame, pues, este ejemplo á mí, que quiero ser entendido á media palabra, y que me irrito acaso porque no soy entendido, aun cuando me explico mal.

2.º *Bondad llena de celo...* «Y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creais; pero vamos á él...» Jesús se alegra de quanto puede servir para nuestro provecho, para instruirnos y para confirmarnos en la fe. No solo se alegra de esto, sino que para esto dispone expresamente los acontecimientos y las circunstancias. De hecho, ¿no difirió su partida solo por esto dos dias, y reguló despues su viaje para encontrar las cosas como va á encontrarlas, á fin de obrar el mas grande y el mas estrepitoso é incontrastable milagro de quantos habia hecho hasta ahora?

3.º *Bondad llena de sabiduría...* «Tengo gusto de no haber estado allí...» De hecho, si Jesús hubiera estado presente, ó hubiese llegado durante la enfermedad de Lázaro, ¿cómo habria podido tener lugar el milagro? No habria sido conforme á su bondad, á su amistad y á su ternura el dejar morir á Lázaro: habria debido sanarlo. No habria sido conveniente á su dignidad el dejarlo morir en su presencia, para resucitarlo despues. Esta disposicion de cosas na-

da habria tenido de natural, y acaso podria alguno sospechar que en esto hubiese algun artificio, ó se obrase de convenio. Pero estando Jesús ausente, todo va en su orden natural; los justos son afligidos, se ejercita la fe, tiene lugar el milagro, y la fe triunfa... Dejemos obrar al Señor. ¡Cuán admirables son sus caminos! ¡Cuán profunda su sabiduría! ¡Cuán grandes sus obras! Enseñadme, ó Dios mio, á admirarlas y á glorificaros por ellas.

PUNTO III.

Del ánimo de santo Tomás.

1.º *Ánimo que va hasta encontrar la muerte...* «Dijo entonces Tomás, por sobrenombre Didimo, á sus condiscípulos: vamos también bien nosotros, y muramos con él...» La esperanza que daba Jesucristo á sus Apóstoles de ver un gran milagro no calmaba el temor que les ocasionaba un viaje que los conducia á Jerusalem: todo los espantaba, y les hacia temer por la vida de su Maestro. El Salvador les acababa de decir que Lázaro habia muerto, y habia añadido: *pero vamos á él...* En este punto el temor hizo desaparecer todo aquello que podia animarlos, y puso en un punto de vista todo aquello que era capaz de fomentar su miedo. Entonces fue cuando uno de los doce, llamado Tomás por su nombre hebreo, pero que en griego llamaban Didimo, animando su valor, hizo ver la noble resolucion de morir con su Maestro... Tal debe ser nuestra conducta en los peligros en que nos veamos expuestos por la gloria de Dios: nos debemos animar, y decir con este Apóstol... «Vamos también nosotros, y muramos con él...» Debemos también hacer uso de estas palabras contra los vanos temores que muchas veces nos inspiran el demonio ó la naturaleza para apartarnos de los caminos de Dios, ó impedirnos el cumplimiento de nuestras obligaciones... ¡Cuántos han muerto por la gloria de Dios con Jesucristo! ¡Muerte dichosa! Y bien: si fuese necesario, «vamos también nosotros, y muramos con él...»

2.º *Ánimo que sirve también para excitarlo en los otros...* Tomás no se contenta con animarse á sí mismo. Endereza la palabra á todos los otros Apóstoles que están sobrecogidos de su mismo temor, y los enciende del mismo fuego que en este momento lo devora. ¡Qué impresion no debieron hacer sobre los Apóstoles palabras tan animosas, pues no podemos leerlas nosotros sin sentirnos conmovidos!... Imitemos el celo de este Apóstol; sepamos en las ocasiones

animar á los otros con nuestro ejemplo y con nuestros discursos.

3.º *Ánimo que por otro lado no sirve para preservarlo de toda flaqueza...* Al ver aquí á santo Tomás mostrarse el mas valeroso de los Apóstoles, no se puede dejar de llamar á la memoria que él es el mismo que no solo se huyó con los otros, sino que tambien se mostró despues el mas incrédulo. ¡Ay de mí! ¡y cuán débiles é inconstantes somos! Hoy somos fervorosos, y estamos dispuestos á sufrirlo todo por Dios, y acaso mañana serémos viles y pérfidos. El mismo día y tal vez la misma hora nos ve formar las mas santas resoluciones, y caer en las culpas mas vergonzosas. ¡Ah! no hagamos jamás caudal de nuestra virtud: desconfiemos continuamente de nosotros mismos. Nuestra seguridad está en temer, orar y velar continuamente.

Petición y coloquio.

Haced, ó Señor, que penetrado yo de estas verdades sea siempre y constantemente bueno, y no solo con el deseo ó con pasajeros fervores... Concededme aquellos sentimientos heróicos, aquella fidelidad inmutable y aquella caridad entendida que distingue vuestros verdaderos discípulos. Si no tengo la dicha de ser destinado á dar mi vida por Vos, ó Jesús, hay una muerte que todo cristiano debe darse á sí mismo; concededme esta gracia: esto es, la mortificación continua de los deseos de la carne. Amen.

MEDITACION CCXXIX.

DISCURSO QUE TUVO JESÚS CON MARTA ANTES DE LA RESURRECCION DE LÁZARO.

(Joan. xi, 17-27).

Aquí encontramos: 1.º un modelo de confianza en Jesucristo; 2.º el fundamento de la moral entre los hombres; 3.º un manantial de consolaciones para la fe cristiana.

PUNTO I.

Modelo de confianza en Jesucristo.

«Vino, pues, Jesús, y halló que habia ya cuatro dias que estaba sepultado. Y distaba Betania de Jerusalem cerca de quince estadios¹. Y muchos judíos habian venido á Marta y María para consolarlas en órden á su hermano. Marta, pues, cuando oyó que ve-

¹ Como media legua castellana.

«nia Jesús, le salió al encuentro, y María estaba sentada en casa...» Discurriendo Jesús con sus discípulos, llegó cerca de Betania, y aquí oyó lo que no ignoraba, que Lázaro estaba sepultado ya habia cuatro dias. Habian venido muchos habitadores de Jerusalem para consolar á las dos hermanas, que eran de mucha consideracion en la ciudad, y ellos debian ser otros tantos testigos del milagro. Se estaba María en lo interior de la casa en compañía de aquellos consoladores, frecuentemente molestos, y por lo menos insuficientes para corazones íntimamente conmovidos. Mientras que Marta (*ocupada fuera de casa*) «oyó que venia Jesús, le salió al encuentro... ¡Ah! Señor, dijo á Jesús (*al acercarse*), si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano. Pero tambien sé ahora que todo lo que pidieres á Dios, Dios te lo concederá...» ¡Qué dulzura! ¡qué ternura! ¡qué fe! ¡qué respeto en estas palabras y en esta oracion humilde! En ella encontramos un modelo perfecto de la confianza que debemos tener en Jesús.

Lo 1.º *Por lo pasado...* «Si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano...» No, Señor, Vos lo habriais sanado con una sola palabra: tal es la bondad vuestra, que no habriais querido dejarle morir delante de vuestros ojos: tal es vuestro poder, que lo habriais preservado de la muerte; pero Vos habeis querido estar ausente, bien que ausente podiais todavía sanarlo; no habeis querido: Vos sois el Señor y el Dueño absoluto, nosotras nos sometemos á vuestras órdenes, y bien que rigurosas, no disminuirán jamás nuestro amor para con Vos, ni la fe ni la confianza que tenemos en Vos... Tal es el lenguaje de Marta, tal debe ser el nuestro. Los accidentes pasados, las desgracias que nos han sucedido, no deben jamás hacernos dudar de la potencia ni de la bondad del Señor; no debemos excitar en nuestro corazon ni lamentos, ni quejas, antes bien deben servir para doblar nuestra confianza, nuestro amor y nuestra submission.

Lo 2.º *Por lo presente...* «Pero tambien sé ahora que todo lo que pidieres á Dios, Dios te lo concederá... ¡Qué confianza! Pero Marta, ¿qué esperas tú aun ahora? Tu hermano ha estado enfermo, has hecho recurso á Jesús, él ha diferido el venir, tu hermano ha muerto, ¿y aun no se abate tu confianza?... No, en la muerte misma: *aun ahora*, en el estado en que están las cosas, y en que se trata nada menos que de la resurreccion de mi hermano, yo no desespero; mi confianza se sostiene aun... Hé aquí, ó Señor, lo que yo pienso de Vos, y me consuelo. Sé lo que podeis, Dios nada os niega de